

Otro aspecto que señala el señor Estrada en la obra de Picasso es su dialéctica que se sostiene advertidamente para el que sabe mirar, como pedía Pascal, en la extensión de toda su obra, haciéndose insistente en su estilo. En cuadros pintados con veinte años de diferencia, se encuentra su hilo conductor, su vivencia palpable, como en sus retratos de mujeres, no importe la época en que hayan sido ejecutados. «La pintura de Picasso—manifiesta el señor Estrada—representa la dialéctica peculiar de su autor, es decir, lo que su arte contiene de expresivo, entendido que la expresión es la forma exterior de lo espiritual interno. Es dialéctica, pues, lo que resume el pensamiento y la acción o más propiamente expresado, la acción por medio de la cual se manifiesta el pensamiento».

El señor Estrada continúa estudiando la obra de Pablo Picasso en sus más diferentes matices y posiciones sin olvidar, se entiende, el cubismo que antes de representar el caos o la anarquía, como lo han afirmado muchos misoneístas, fué un movimiento de auténtica disciplina pictórica, un retorno al permanente equilibrio, sus andanzas por el arte negro, etc. Y en el terreno apologético, desvirtúa con sutileza y sagacidad, las más importantes impugnaciones a la labor picassiana. Resume su juicio considerando a Picasso como representante de «todos los principios fundamentales del arte de la pintura: la claridad, la sencillez, el dibujo, la solidez, el equilibrio y la geometría».

El estilo con que está escrito el volumen respira superior dignidad, distinción, delgada transparencia. Fluye sin peripecia, con tranquila naturalidad.—A. T.



SANGRE DE MESTIZOS.—Relatos de la Guerra del Chaco, por Augusto Céspedes.—Editorial Nascimento.—Santiago, Chile, 1936.

Antaño el poeta cantaba las heroicidades guerreras en los versos rotundos de las epopeyas. Los poetas presentaban a los

guerreros como seres superiores asistidos de potencias divinas, y era la guerra, a atenernos a esta concepción homérica, una lucha cuerpo a cuerpo en que cada combatiente exhibía la destreza en el manejo de las armas conjuntamente con su figura apolínea. Desde Homero hasta Ercilla, la guerra se nos presenta como un amplio campo de regocijo estético. La guerra de hogañ nada tiene de bello. El hombre es un mero ejecutor, silencioso y oculto, de las perfeccionadas máquinas exterminadoras de seres humanos. Acaso en la aviación se registren hechos heroicos.

A una nueva técnica bélica, corresponde una nueva expresión estética de la guerra. La epopeya ha sido reemplazada por la novela y el héroe individual, por la masa anónima e indiferencia de soldados. No preocupa actualmente al escritor exaltar las pasiones bélicas, ni presentar a sus personajes dotados de raras cualidades, haciendo de él un ser sobrenatural, sino que es objetivo cardinal del escritor revelar la verdad escueta, el hecho incontrovertible, exhibiendo las grandezas y miserias de esas enormes masas de soldados que matan y mueren sin saber para qué, por qué, ni por quiénes.

Así vemos la Guerra Europea a través de los relatos novelescos de Barbusse y Remarque, para citar a los más conocidos novelistas de ese hecho bélico.

La guerra del Chaco, que abrió un surco de sangre fratricida en el corazón de Sudamérica, ha tenido también sus novelistas. Conocemos a uno de ellos, al joven escritor boliviano Augusto Céspedes, y podemos decir que su libro «Sangre de Mestizos» no desmerece de los relatos que se han escrito acerca de la Guerra Europea, y aun, mirada esta obra desde el punto de vista del interés humano y geográfico, supera a las de los europeos.

Augusto Céspedes enroló como soldado y actuó en la línea de fuego, de suerte que sus relatos son la expresión verídica de sus personales observaciones. Son, pues, relatos de un realis-

mo absoluto, preciso y claro como un informe. La frase tajante, la expresión recta sin aditamentos de retórica barata, con el colorido que necesariamente surge de la descripción del Chaco —infierno terrenal—, respirando olor a pólvora, estiércol y sudor humano, Augusto Céspedes nos hace desfilas las acciones bélicas y los seres humanos como frente a una cinta cinematográfica en que se hubieran acumulado hechos con el prurito de suscitar en nosotros sensaciones escalofriantes. El Pozo, La Coronela, El Milagro—que a nuestro juicio son los mejores relatos del libro—dejan en nosotros una emoción estremecida de pavor y de indignación. Porque la Guerra del Chaco fué, además de una lucha entre hombres, un pelear constante e implacable con la naturaleza, porque allí el trópico se da con todos sus misteriosos enemigos. Doble lucha la de los soldados; de ahí que encontremos en estos relatos casos de heroísmo propios de las epopeyas clásicas. Céspedes no los acentúa con un lirismo patético ni abre las cataratas del patriotismo; los anota como hechos humanos, en que el ser se eleva sobre la miseria de la vida a un plano de absoluto desprendimiento de sí mismo.

Angustiados por el rigor del clima y en un terreno virgen y absolutamente desconocido, el soldado boliviano murió heroica y tranquilamente sin saber por qué. Este libro de Céspedes es algo más que la relación novelesca de la Guerra del Chaco. Es también la condenación de los Gobiernos de los países beligerantes y de otros países, porque ellos consumaron esta acción guerrera tras la cual se advertía la presencia misteriosa de lejanos intereses capitalistas.

De vigoroso patetismo, de vivo realismo y de profundo sentido fraternal, este libro de Augusto Céspedes se alza sobre la meseta boliviana para mostrar a la América a un escritor que supo de la Guerra del Chaco en su propio corazón, y del crimen enorme que ella fué al lanzar al exterminio al pueblo de dos países hermanos.

Mariano Latorre prologa «Sangre de Mestizos», revelándose:



un conocedor del alma de los pueblos de Indoamérica y rindiendo simpatía al espíritu que anima la obra de Céspedes en lenguaje coloreado y rumoroso como un paisaje sureño, en cuyas descripciones Latorre es maestro.—MILTON ROSSEL.



DIAS DE DESPRECIO, por *André Malraux*.

«Días de Desprecio» es la última obra vertida al castellano del escritor francés André Malraux, autor de «La Condición Humana».

«Días de Desprecio» es un sello más en la implacable certidumbre de que todo afán por crear una literatura al servicio de las ideas sociales, que todo deseo de convertir a las bellas letras en mera propaganda, son fútiles afán y deseo.

El asunto de «Días de Desprecio» es asaz sencillo: un comunista, Kessner, es preso por los nazis que desearían matarlo; pero al fin tienen que entregarlo, que devolverlo a la libertad, porque otro tomó el nombre del «leader» y asumió su responsabilidad. Kessner, libre, escapa de Alemania y va a reunirse con su mujer, que reside en Praga.

He aquí todo. Sobre ese delgado canevá, pretende Malraux bordar su tema político, su propaganda, y no sólo no lo consigue, sino que, por el contrario, el libro, aunque obra de un escritor insospechablemente comunista, se torna anticomunista. Justamente el sentimiento, la voluntad contra el comunismo, nacen de aquella parte del relato en que el autor no quiso hacer propaganda, esto es, brotan a pesar del autor, son una existencia que se sobrepone a la intención, al propósito del autor.

Los primeros capítulos, aquéllos que están dedicados a la reclusión y a la tortura de Kessner, llevan una sola dirección: presentar a los nazis como monstruos de crueldad, revolcarlos